

X.

Merced á la grande influencia de su familia, el jóven Bossuet fué admitido en uno de esos establecimientos semi-religiosos y semi-profanos, donde la Iglesia, duena entonces de la universidad, se preparaba sus neófitos. Llamábase esta casa el colegio de Navarra, de que Bossuet era á un tiempo miembro y discípulo. Gozaba allí de la libertad dentro de los límites de una disciplina decente y protectora de las buenas costumbres y de los estudios de la juventud. Pronto fué proclamado en París, del mismo modo que lo habia sido en Dijon, como un predestinado de la elocuencia, mereciendo la distincion de que la universidad le escogiese para las arengas de aparato en los dias de solemnidad. Los obispos y ministros, á quienes habló con este título, quedaron encantados de la conveniencia, dignidad y elocucion del jóven alumno. Su nombre corrió como el eco de una maravilla. Fué arrancado de la oscuridad á pesar suyo; se lo disputaban en las ceremonias eclesiásticas ó literarias y era solicitado en los palacios de los principes y princesas que se ocupaban con pasion en rendir culto al talento y á las letras, pues era una época de renacimiento de ellas, muy semejante entonces en París á la de Leon X en Roma ó de los Médicis en Florencia. Lo profano y lo sagrado, la Biblia y la Fábula, los profetas y los poetas, los predicadores y los oradores se confundian allí en el gusto ó en el entusiasmo de la literatura. Un pariente del jóven estudiante, Francisco Bossuet, secretario del consejo de Hacienda en la corte, presentó á su sobrino en casa del marqués de Plessis-Guénégaud, amigo del ministro Fouquet, y protector de las letras cerca de aquel Mecenas. El marqués de Feuquieres, gobernador de Versalles, que habia conocido al padre de Bossuet, mientras mandaba en Metz, acogió al jóven alumno con ese favor que todos suelen dispensar á los hijos de sus antiguos amigos. Habló de él á madama de Rambouillet y á su refinada sociedad, que quiso verle y oírle. Hicieronle improvisar un sermón en casa de M. de Feuquieres delante de aquellos jueces delicados, entre los cuales se hallaba Voiture, el juez soberano de todos: cogieron á Bossuet de improvisó; diéronle el texto, el asunto, la hora. Tuvo la debilidad de consentir ó por deferencia ó por vanidad en aquel juego del genio sobre las cosas sagradas; estuvo feliz y sublime. El grito de admiracion de Voiture y de Mad. de Rambouillet se estendió desde el salor de Mr. de Feuquieres por todo París. La boca algunas veces el presagio y mas frecuentemente la parodia de la gloria, se apoderó del nombre de Bossuet y lo llevó hasta los oídos del rey. El gran Condé, sobre cuyo sepulcro debia Bossuet ya anvejecido llo-

rar un dia con lágrimas muy amargas, tuvo á dicha asistir á un discurso de prueba de este jóven que prometia ilustrar su gobierno de Borgona. Los principes de Condé presidian hereditariamente aquellos Estados, es decir que eran el consejo que deliberaba sobre los intereses administrativos de aquella provincia. Todos los años venian á celebrar durante algunas semanas sus sesiones en Dijon, así es que conocian de vista y de nombre á todas las familias notables de la provincia. Tenian sus clientes en Dijon y eran sus patronos naturales en París, y esto esplica la proteccion verdaderamente paternal que el viejo Condé dispensaba al hijo de los Bossuet.

XI.

Al paso que este jóven orador, formaba su gusto para las letras y adquiria el tono cortesano en su trato íntimo con las casas mas ilustres del reino, formábase tambien para las mas elevadas virtudes de su estado con la sociedad y bajo la disciplina de los eclesiásticos venerados de su tiempo.

Un anciano, cuyo genio estaba reconcentrado en la caridad, y que podria llamarse el San Juan del cristianismo moderno, acababa entonces sus dias en París, cuando Bossuet comenzaba los suyos. Era este San Vicente de Paul.

Quebrantado por el tiempo, cansado de controversias, disgustado de aquellas disputas religiosas que no habian hecho sino víctimas y verdugos, aquel santo varon no habia hallado el verdadero dominio del sacerdote sino en la clemencia y la caridad que consuelan en vez de disputar. Habia tomado el papel de la Providencia benéfica y amorosa para con todos los partidos. La virtud le habia parecido la mejor parte en el sacerdocio. Se disputan las doctrinas, pero no se disputan los servicios. Retirado á un claustro medio abierto, escaso número de discípulos venian allí á oír sus últimos preceptos, reasumidos como los de San Juan en uno solo: *Amad á Dios y amaos los unos á los otros*. San Vicente de Paul los reunia en las conferencias donde ejercitaba á aquellos jóvenes novicios en la palabra familiar mas bien que oratoria de su profesion. El corazón no declama. San Vicente de Paul no les enseñaba el discurso, sino la ternura y la persuacion.

XII.

Distinguió á Bossuet entre aquellos discípulos y se dedicó á formar su conciencia mas

XIV.

que su talento; le dió un confesor mas envidioso de su piedad que de su gloria. Necesario es decir que esta piedad era mas grata á Bossuet que su talento. Sujetábase con humildad y hasta con gusto á las mas austeras prácticas de su fé; amaba la oracion, la meditacion, los ejercicios del alma, las ceremonias, el templo y el altar, donde edificaba á sus émulos con su asiduidad. En la contemplacion de los misterios hallaba profundidades de sabiduria y abismos de revelacion, en los cuales se complacia en sumergirse. Su ardiente imaginacion creia sorprender allí los secretos de Dios en su fuente; tenia demasiado entusiasmo para admitir la duda. Era un genio convencido á fuerza de voluntad. Semejante genio no está lejos de imponer al mundo la tirania que se impone á sí mismo. Creer con tal conviccion es subyugar en sí toda deliberacion del pensamiento acerca de las cosas sobrenaturales; cuando el hombre se ha subyugado completamente á sí mismo, se cree con el derecho de subyugar en los demas todas las dudas ó todas las resistencias á la fé. Este fanatismo innato, sincero y sin réplica fué el origen de las intolerancias y de las conversiones por la gloria de Bossuet.

XIII.

Sin embargo, conservó siempre buen recuerdo de la uncion cristiana y de las virtudes clementes de San Vicente de Paul, que tanto contrastaban con la aspereza de su proselitismo. Cuando la Iglesia se ocupó en investigar la vida de aquel hombre de bien despues de su muerte para consagrar su memoria santificándole, fué consultado Bossuet que escribió su testimonio.

«Todos los martes, dice, habia remision en su casa; á ella acudian ilustres obispos atraídos por la reputacion de piedad de aquel hombre excelente. Allí aprendian á predicar el Evangelio tanto con sus ejemplos como con sus discursos. Llenos de gratitud hacia la memoria de aquel piadoso personaje le hemos conocido personalmente en nuestra juventud; él nos ha enseñado la piedad y la disciplina, y hoy, tocando nosotros mismos á la vejez, recordamos con singular satisfaccion sus lecciones. ¡Con qué edificacion hemos contemplado detenidamente sus virtudes, su admirable caridad, la gravedad de sus costumbres, su rara prudencia, unidas á la mas perfecta sencillez; su aplicacion á los negocios, su celo por las almas, sus instituciones caritativas donde su memoria vive en cada una de las santas mugeres que continuan sus obras!»

Estos piadosos ejercicios no impedian á Bossuet ejercitarse con el mismo ardor en la elocuencia, vocacion ya claramente caracterizada de su vida. Cultivaba el talento tanto como el alma. El gran artista de la palabra se revelaba en él bajo el levita. Estudiaba la poesia y la elocuencia en todos sus monumentos literarios, y estudiaba tambien la dicción. Para formar su voz, su actitud y su gesto, iba asiduamente al teatro á escuchar á los grandes actores trágicos que recitaban en la escena los diálogos y las arengas de Rotrou, Corneille y Racine, sin que creyera envilecer la palabra de Dios en su boca apropiando á esta palabra el órgano humano, pues tomaba del arte profano todo lo que podia encantarle para perfeccionar en él el arte sagrado. Lo que buscaba en el teatro, no era el vano placer de una declamacion cadenciosa, sino los modelos de la dicción oratoria. No ocultaba á los demas esta asistencia al teatro, único *Forum* donde se podia entonces imitar á los oradores antiguos, y nadie ciertamente le censuraba por ello. La voz, la actitud, el gesto, son comunes á los oradores sagrados, á los oradores políticos y á los grandes recitadores trágicos de la escena. Unos á otros se perfeccionan, mirándose. Bossuet queria ser un gran actor de Dios en sus templos. Estudiaba la declamacion, como habia estudiado la lengua. Solo se engañaba en la idea de encontrar allí modelos. El artificio de dicción no hubiera podido menos que perjudicarle. La naturaleza, la fé y la piedad lo habian hecho todo por él. Habia nacido modelo; á los actores tocaba venir á estudiar al apóstol.

XV.

Abandonó estos estudios y estas amistades de París para volver á Metz al lado de su padre á tomar posesion de su canongia y esperar la edad de las elevadas funciones eclesiásticas á que su fama le llamaria inevitablemente. Allí pasó seis años haciendo la vida de un cenobita. Estos seis años no fueron para él mas que una larga meditacion de la Biblia, del Evangelio y de los escritos de los primeros fundadores del cristianismo: San Juan Crisóstomo, ese Demóstenes sagrado; Tertuliano, ese Tácito de las persecuciones; Orígenes, ese poeta del dogma, y sobre todo San Agustín, ese Platon de la doctrina, fueron su sociedad antigua. Preciso era que la severidad y la sobriedad natural de su gusto fuesen innatas en él para no corromperse, exajerarse, hincharse ó refinarse con esos



escritores y esos oradores de una edad de decadencia literaria, que violentan la lengua ó la imagen haciéndola declamar en vez de hablar.

Pero la elocuencia de Bossuet era incorruptible, ni aun con sus maestros, de quienes solo tomó su fé; pero repudió instintivamente sus errores. Para distraccion de estos estudios no tenia otra sociedad que la del mariscal de Schomberg, gobernador de Metz. La mariscal, mujer célebre por su hermosura y por su talento, que habia profesado en otro tiempo á Luis XIII una pasion contenida y casta, amaba y protegía al jóven orador. En todas sus cartas á la corte elogiaba el mérito y el talento del canónigo de Metz, é invitaba á éste á complacer al rey dedicando su celo á la conversion de los protestantes de Metz. Bossuet tomó en sus controversias con algunos ministros del culto reformado de la provincia ese hábito altanero de fulminar contra los que el juzgaba errores en materia de ortodoxia y llamar crímenes contra el Estado las diferencias sobre los dogmas, hábito que fué su debilidad y mas adelante la mancha de su vida.

## XVI.

El celo de la unidad de fé devoraba en aquella época todas las almas; la unidad política no parecia bastante bien afianzada ni á Richelieu, ni á Mazarino, ni al jóven rey Luis XIV, ni á su misma madre, la piadosa y tierna Ana de Austria, si no en tanto que el catolicismo no hiciera doblegar en el reino por conviccion, por corrupcion ó por fuerza todas las conciencias.

Ana de Austria vino á Metz, vió á Bossuet, admiró su palabra y escribió su celo. Le invitó á formar una sociedad de misioneros para la conversion de las familias de la religion reformada. Esta mision llegó á ser el germen de las compulsiones y proscripciones que mas tarde ensangrentaron y despoblaron el reino. Bossuet se acostumbró á hacer de la predicacion sacerdotal un suplemento sagrado del poder político, á amenazar con el rey á aquellos á quienes queria inculcar la idea de Dios y en recibir en crédito en la corte la recompensa, involuntaria si se quiere, pero sin embargo directa, de sus trabajos por el cielo. Su proselitismo, todo religioso al principio, llegó á ser coaccion moral sobre las almas, y muy pronto coaccion armada sobre las conciencias, confundiendo en un solo papel su ministerio sagrado y su ministerio político. Esta primera confusion entre el sacerdote y el hombre de corte fué la que falló frecuentemente la linea de su vida. Las abjuraciones del protestantismo, que Bossuet recibia por conversion verdadera ó simulada, eran otros tantos homenajes que aquel conquistador de almas enviaba al rey. La corte no perseguia

aun abiertamente, pero seducia é intimidaba ya en todas partes. Bossuet por su talento, su juventud, su piedad, su celo y su solicitud por servir al pensamiento de la corte, era el instrumento mas útil y brillante de aquella conquista del reino para la religion del príncipe.

La conversion de un cortesano, el abate de Dangeau, y muy pronto la conversion mas ilustre del mariscal de Turena, fueron títulos que le dieron nueva celebridad.

Turena era un político muy versado por una larga práctica en los manejos de las cortes, tan cortesano como guerrero. Habiendo pasado durante la minoria de Luis XIV del partido de la rebelion al partido de la corte, conocia que debian perdonarle mucho para reconquistar el favor del rey, ya asegurado sobre su trono, y no podia soltar mejor prenda que adoptar, aunque tarde, la religion del rey. Sea que creyese que á este precio solamente podia alcanzarse el cielo, sea que calculase que de este acto dependia su rango en el ejército y en el consejo, vaciló el tiempo necesario para revestir de la debida decencia aquella su trasformacion. Quiso ser instruido por Bossuet, que habia sido llamado á Paris y designado para el obispado. Poco trabajo costó á Bossuet convencer á un viejo soldado que se presentaba por sí mismo á la conviccion.

Turena, suficientemente convencido se dirigió á la corte en hora en que los cortesanos afluan al palacio. El rey estaba comiendo. Turena le pidió un momento de audiencia urgente y reservada. El rey se levantó de la mesa y condujo con amabilidad al general al alfeizar de su ventana. «Señor, le dijo Turena, tengo que haceros una confianza, que os suplico no divulguéis todavía. Quiero cambiar de religion.—¡Ah! cuánto me alegro!» exclamó el rey abriéndole sus brazos para estrecharle contra su corazon; pero conteniéndose por temor de revelar demasiada alegría con aquel abrazo á los cortesanos que los miraban sin oírlos, hizo entrar al nuevo convertido en su gabinete. Allí le abrazó, le felicitó y le dijo que iba á enviar inmediatamente un correo al papa para no retardar la dicha que el Sumo Pontífice iba á sentir con tan ilustre conquista. «No hagais nada, os lo ruego, señor, le dijo Turena, porque si yo creyese que esta conversion puramente espontánea podia valerme solamente el guante que llevais en la mano, no cambiaria de fé.» El rey, tan familiar como envanecido con su triunfo, quiso dar á Turena un confesor de su confianza; subieron los dos á un coche sin guardias y sin blasones para ir juntos y sin ser conocidos á buscar un confesor para Turena en los monasterios de Paris.

## XVII.

Esta conversion acercó mucho mas á Bossuet al episcopado. Atribuyose la conquista del

viejo guerrero á la lectura de un libro que Bossuet acababa de publicar, titulado *Exposicion de la doctrina de la Iglesia romana*. Este libro, escrito durante su permanencia en Metz, manifestaba mas su fé que su talento. La luz en la controversia, el orden en el estilo y el razonamiento aplicado á los misterios, son los únicos caracteres de este su primer escrito. Mostrábase en el Bossuet mucho mas catequista que gran escritor, pero tal era el mérito que exigía la época. Aquel libro al nacer fué ya testigo, y lo es todavía para los católicos romanos. Su fama, grande ya como orador, creció como teólogo. Llamáronle al fin á predicar en Paris. Aquí fué donde se ostentó y brilló tal como era.

## XVIII.

Un concurso tal como no se habia visto desde los tiempos de Abelardo, se agolpaba al atrio de las iglesias donde el jóven predicador tomaba la palabra. Se habia oído y debian oírse discursos mas literarios y acabados; pero no se habia oído, ni debia oírse nada mas sublime. Bossuet arrancaba á su auditorio de sus pensamientos habituales para trasladarlo á las regiones nuevas de la contemplacion y de la presencia de Dios. Era el orador sobre las nubes, tocando con la mano el cielo, viendo la tierra muy lejos y muy por debajo de sus plantas, jugando con los relámpagos y los rayos, colmando de desprecio por las cosas mortales el abismo de pensamientos altos, fuertes, eternos, sobre el cual inclinaba á sus oyentes, dándoles el vértigo de su prodigiosa elevacion.

Su estilo, conforme á la magestad del lugar, era sencillo como el oráculo que se desdena de agrandar, ineulto como la palabra que se lanza sin eleccion en la precipitacion de su pensamiento, lento como la meditacion que olvida la hora, apresurado como la inspiracion que teme escaparse de sí misma, inacabado como el dardo que se dispara á la ventura y no se sigue ni aun con la vista para coger otro, desnudo como la verdad á la que se arranca todos sus velos para pisotearlos, abundante como lo infinito, recogido como el templo, algunas veces vulgar como el pueblo, siempre apropiado por la naturaleza y no por el arte á la idea ó al sentimiento, lírico sobre todo, es decir, olvidando el auditorio y el razonamiento para lanzar el grito inesperado de la alegría ó del dolor, y gritando ó cantando entonces directamente cara á cara con Dios en diálogos ó en himnos que no se habian oído desde Moisés ó desde los profetas.

## XIX.

He aquí los sermones de Bossuet. No poseemos mas que las preparaciones y los bosquejos; jalones plantados en el espacio entre cielo y tierra para trazar su camino al través de los azares de la inspiracion. Pero estos bosquejos y estas preparaciones están encadenadas por la lógica, que se restablecen fácilmente los eslabones rotos de trecho en trecho, y la imaginacion llena facilmente los vacíos. Se oye todo el discurso por algunas palabras y se mide la impresion del auditorio que entonces vivía, no por el texto, sino por las lagunas mismas del texto de esos discursos. Se conoce que cada una de estas lagunas era un abismo de reflexiones, de consideraciones y exclamaciones, en que el orador se sumergía con sus oyentes, y se concibe por lo que falta una idea mas admirable de lo que fué. ¿Quién no ha reconstruido así, con la ayuda de algunos vestigios, edificios tan enteros y gigantescos como los de Palmira ó de Babek, aunque no se lea el plano sino en sus cimientos y los materiales en el polvo?

## XX.

La diccion era (dicen las tradiciones) conforme al genio. Elevada estatura, continente firme, fisonomia recogida, gesto raro, voz profunda, que arrancaba de un alma y no de un papel, dignidad que era en la vida tanto como en el ministerio un profundo sentimiento de la superioridad, no del hombre, sino del órgano de la palabra divina sobre los hombres atentos á su voz, en fin ese prestigio, que el presentimiento de la gloria futura da, desde el principio de su carrera, á los hombres que deben sobrevivir á su tiempo, tales eran los rasgos de Bossuet en el púlpito. Se olvidaba al hombre, no se veía mas que al inspirado; no se asistía á un discurso, sino á una respiracion de elocuencia. Todo el que le oía salía conmovido mas que encantado, porque no habia tiempo para pensar en la admiracion; no era por cierto esta la que el orador buscaba. De todos sus desprecios para el mundo, el mas sincero era el que tenia á la gloria humana, y precisamente este desprecio sincero era el que le daba mas elocuencia.

Su palabra caía de tan alto que lo aplastaba todo al caer, aun al orador, de donde provenia que tuviese tanto peso y tanto eco en la caida.



## XXI.

La reina Ana de Austria se acordó del joven teólogo que había entrevisto en Metz, y quiso oírle. Esta princesa, después de haber abdicado el imperio, tenía la piedad tierna como el corazón. Su larga familiaridad con Mazarino, italiano de Leon X tanto como de Maquiavelo, le había inspirado una decidida afición á las artes y á la elocuencia. Bossuet predicó delante de ella en la capilla de un convento de monjas. Halagó el corazón de la madre haciendo una comparación algo aduladora entre aquella reina que había formado un rey para el trono y aquella virgen que había criado un Dios para la cruz. La adulación, ennoblecida por la maternidad, no quitó nada á la santidad del discurso. El orador fué mas bien el consolador de una desgracia que el cortesano de una reina. Ana de Austria lloró de admiración y de gratitud, y quiso que el joven orador apuntase los pensamientos y frases mas notables de aquel discurso para repetirlos otra vez en presencia de ella en mas espacioso recinto. El poeta sagrado Santenil, que había sido admitido en aquel cenáculo de oyentes privilegiados con la comitiva de la reina, salió tan entusiasmado de la poesía oratoria del predicador que con los recuerdos del sermón compuso un himno, que todavía cantan hoy en los templos, como un eco en verso de las sublimidades de Bossuet.

## XXII.

Estos triunfos aumentaron de tal modo la celebridad de Bossuet que era solicitado por todos los monasterios que querian ilustrar su iglesia con esa serie de discursos piadosos que se llaman *cuaresmas*, tema uniforme de todos los misterios y de todos los aniversarios, variado por la fecundidad y el talento de los oradores.

La primera *cuaresma* de Bossuet fué predicada en la Iglesia de los Carmelitas de la montaña Santa Gohèvea, barrio á la vez monástico y literario de Paris. Se cuenta que los maestros y los discípulos de los colegios vecinos, los académicos y teólogos de las diferentes facciones que dividian la Iglesia entre jesuitas y jansenistas se disputaban desde el alba los sitios donde colocarse alrededor de la tribuna de Bossuet. Cuando bajaba del púlpito, los grupos al principio silenciosos y recogidos, y luego poco á poco agitados por la discusión, se formaban en el espacioso patio del monasterio para ver pasar al hombre de la elocuencia. Los unos interpretaban sus palabras en favor de sus opiniones, y los otros las reindicaban para su secta; pero todos estaban

acordes en proclamar en él el prodigio del púlpito. La unanimidad de entusiasmo restablecía por un momento la paz entre los partidos. Bossuet en efecto se levantaba por encima de todos por la alta imparcialidad del desden. Buscaba á la Iglesia mas lejos que aquellas sectas y á Dios mas alto que aquellas disputas; no es, pues, extraño que siquiera momentáneamente obligase á aquellos hombres á seguirle á la eternidad.

En uno de esos conventos fué donde un dia, haciendo el elogio de San Pablo, Platon inspirado de la Judea, se entregó á un arranque de elocuencia que los restos conservados de este discurso nos permiten citar. En él vemos al mismo Bossuet transparente y por decirlo así transfigurado en San Pablo: es Miguel Angel imprimiendo con su rudo cincel sus propias facciones y su propia inspiración en el rostro de su estatua de Moisés.

«Cristianos,» dijo. . . . .

«No esperéis del apóstol que venga á adular los oídos con cadencias armoniosas, ni cantarlos con vanas curiosidades. Escuchad lo que dice de sí mismo: Nosotros predicamos una sabiduría oculta; predicamos un Dios crucificado. No buscamos inútiles adornos para ese Dios que rechaza todo el brillo del mundo. Si nuestra sencillez desagradase á los soberbios, sepan que queremos desagradarles, que Jesucristo desdena su fausto insolente y no quiere ser conocido sino de los humildes. Humillémonos, pues: á esos humildes, dirijámosles predicaciones cuya bajeza participe algo de la humillación de la cruz y que sean dignas de ese Dios que no quiere vencer sino por la debilidad.»

«Estas sólidas razones mueven á San Pablo á rechazar todos los artificios de la retórica. Su discurso, lejos de correr con esa dulzura agradable, con esa igualdad templada que admiramos en los oradores, parece desigual é incoherente á los que no lo han penetrado bastante, y los delicados de la tierra que tienen, segun dicen, los oídos finos, se ofenden de su estilo irregular. Pero, hermanos míos, no nos avergoncemos nosotros. El discurso del Apóstol es sencillo, pero sus pensamientos son todos divinos. Si ignora la retórica, si desprecia la filosofía, Jesucristo lo desprecia todo, y su nombre que tiene siempre en la boca, y sus misterios que trata divinamente, haran que su sencillez sea todopoderosa. Este ignorante en el arte de bien decir irá con su locución ruda y con su frase que huele á extranjero á esa Grecia culta, madre de los filósofos y de los oradores, y á pesar de la resistencia del mundo establecerá allí mas iglesias que discípulos ganó Platon para aquella elocuencia que se ha creído divina; predicará á Jesús en Atenas, y el mas sabio de sus senadores pasará del Areópago á la escuela de este bárbaro; llevará mucho mas lejos sus conquistas; abatirá bajo los pies del Salvador la magestad

de los haces romanos en la persona de un proconsul, y hará temblar en sus tribunales á los jueces ante los cuales sea citado. Roma misma oirá su voz, y un dia esta ciudad senora se tendrá por mas honrada con una carta del estilo de San Pablo, dirigida á sus ciudadanos, que con tantas famosas arengas como escuchó de los labios de su Ciceron.

«Y de dónde procede esto, cristianos? De que Pablo tiene medios para persuadir de que la Grecia no enseña y de que Roma no ha aprendido. Un poder sobrenatural, que secomplace en ensalzar lo que los soberbios desprecian, se ha esparcido y mezclado en la augusta sencillez de sus palabras. De aquí el que admiremos en sus magníficas Epistolas cierta virtud mas que humana que persuade contra las reglas, ó mas bien que no persuade tanto como cautiva los entendimientos; que no rechama los oídos, sino que asesta sus golpes directamente al corazón. A la manera que un gran río conserva todavía, corriendo por la llanura, esa fuerza violenta é impetuosa que había adquirido en las montañas donde nace, así esa virtud celeste que contienen los escritos de San Pablo, aun en medio de la sencillez de su estilo, conserva todo el vigor que trae del cielo, de donde desciende.»

## XXIII.

La celebridad del predicador se elevaba y estendia á cada discurso que pronunciaba. El gran Condé quiso oírle en Dijon en aquel púlpito, por decirlo así, natal, de que otro orador sagrado debía apoderarse en nuestros dias para recordarnos á Bossuet. Allí fué lo que sabia ser siempre, político y teólogo á la vez, inspirado, tonante y hábil, no olvidando jamás la corte al hablar del cielo, ni al cielo hablando á la corte.

Después de un elogio oratorio del gran Condé que le escuchaba, Bossuet en aquel discurso vuelve á tomar de pronto su talla de apóstol en pos de su prosternación de cortesano.

«Pero no, esclama, acordándome á nombre de quien hablo, prefiero humillar bajo los pies de mi Dios las grandezas del mundo á admirarlas por mas tiempo en un héroe!»

## XXIV.

El rey, prevenido por su madre y por su corte, quiso al fin que Bossuet hablase en su presencia en la capilla del Louvre. Este principio, casi illiterato entonces, poseía mas que la ciencia de lo bello en las artes; poseía su re-

velacion. El don de admirar, mas raro aun que el de juzgar, era la virtud intelectual de Luis XIV. A este don debió la magestad de su reinado. La gloria que amaba y que discernia en el fondo de su ignorancia, resaltó por reconocimiento en él. Tuvo una grandeza de reflejo; las antorchas que encendió, le iluminaron.

La gran voz de Bossuet le conmovió desde el primer dia. Presintió al profeta de su tiempo; distinguió tambien á la primera mirada el genio de buen sentido, de conveniencia y disciplina natural que se adivinaba en aquella elocuencia, como se adivina la fuerte armadura bajo la magestad y los adornos del edificio. Pronosticó que aquel orador seria un político; se acordó de los cardenales Richelieu y Mazarino, tiranos ó tutores de su infancia. La fuerza del uno, la habilidad del otro, le parecieron revivir confundidas y aumentadas en aquel joven, nacido como ellos para el gobierno de un imperio mucho mas que para la dirección de una comunidad ó de una diócesis, y se decidió á reservarlo para su consejo mas que para su conciencia, pensando en prepararle por medio de las dignidades para el gobierno de la Iglesia de Francia bajo su propia mano. Esta era entonces una de las necesidades mas capitales de su reinado.

## XXV.

Todo era facción en la fé. El rey meditaba sujetar todas estas facciones al yugo de la Iglesia romana y quedar él solo en su reino, independiente de esa autoridad á la cual queria someter al hombre, pero no al rey, y para esto necesitaba mas que un obispo, menos que un cismático y casi un patriarca. Tuvo la revelación de este hombre en Bossuet, y no se engañaba.

Al volver al Louvre encargó el rey á su secretario intimo Rose que escribiese por él al padre del predicador que acababa de oír.

Rose escribió una de esas cartas lacónicas, pero memorables, como conviene á un rey que se baja á admirar un súbdito. El rey copió la carta por su propia mano. «Un padre, decia al consejero del parlamento de Metz, debe envernecerse de tener tal hijo.»

Esto era prometer favor é invitar á la ambición. El padre comprendió, y el rey no tardó en justificar estas esperanzas. A cada paso queria oír á Bossuet, porque ninguna palabra le parecia ya digna de Dios y del rey, escepto la suya.

Habiendo venido el padre de Bossuet á Paris para oír á su hijo, se lo enseñaron un dia á Luis XIV confundido en el auditorio y con los ojos bañados en lágrimas. «Ah! dijo el rey, he aquí á un padre verdaderamente dichoso por que asiste á la gloria y á la santidad de su hi-



jo. Para colmar la alegría de este padre dió el mismo pocos días después el obispado de Condom al hijo. Diez años hacía que llenaba con su nombre los púlpitos de París.

## XXVI.

Esta dignidad no interrumpió completamente sus predicaciones; lo único que hizo fué añadir mas autoridad al sacerdote y mas respeto á la atención pública. Otro orador se apoderó de la cátedra sagrada en el momento mismo en que Bossuet abdicaba la palabra por el obispado. Este orador era Bourdaloue. Estos dos émulos de la elocuencia fueron comparados apasionadamente. Para vergüenza de la época, el número de los admiradores de Bourdaloue sobrepusó en poco tiempo al de los entusiastas de Bossuet. La razón de esta preferencia que se daba á una argumentación fría sobre una elocuencia sublime está en la naturaleza de las cosas humanas. Los hombres de mediana talla tienen mas analogía con su siglo que los hombres desmesurados la tienen con sus contemporáneos. Los oradores que argumentan son comprendidos mas fácilmente por la muchedumbre que los oradores que se entusiasman; se necesitan alas para seguir al orador lírico, al paso que basta la lógica para seguir al orador que razona. La lógica en un auditorio es don mas común que la inspiración. Son pocos los que tienen las alas que elevan y sostienen en el espacio. Así es como se admiraba mas en la tribuna de la Asamblea constituyente á Barnave que á Mirabeau. Estas preocupaciones, que son las pruebas del genio y las ovaciones de la rivalidad, no son los fallos del porvenir. Los hombres de gran superioridad no pueden ser juzgados sino por sus pares. Estos pares, es decir, estos iguales á los hombres de genio, existen en número harto reducido durante la vida de esos hombres culminantes para decidir de la preeminencia verdadera, para discernir el rango definitivo en la gloria, y son sofocados por la muchedumbre que juzga mas grande lo que ve desde mas cerca. Se necesitan muchas generaciones y á veces muchos siglos antes de que esos iguales pares de los hombres superiores nazcan y juzguen en bastante número para formar el tribunal competente de la verdadera grandeza. Hasta entonces, la multitud se engaña; este es el misterio de la posteridad, sus juicios anulan los de la época. Esperar es la condición de la gloria.

Bourdaloue y Massillon fueron declarados en su época oradores sagrados mas grandes que Bossuet; pero los años han rectificado este juicio. Bourdaloue no es mas que un poderoso argumentador y Massillon un melodioso lisonjero de oídos; Bossuet solo era completamente

elocuente, porque era á la vez lírico y patético y tenía las alas y el grito del águila; pero volaba y gritaba demasiado alto en el cielo para ser oído desde abajo.

Madama de Sevigné que ha transmitido con tanta gracia los euclicheos de un siglo á otro y cuyo libro puede ser llamado la chismografía inmortal de la posteridad habla sin cesar en sus *Cartas* de las arengas de Bourdaloue y no dice una palabra de los sermones de Bossuet.

## SEGUNDA PARTE.

## I.

Hasta el momento de ser nombrado por el rey obispo de Condom, la vida de Bossuet en París era lo que había sido en Dijon y en Metz, solitaria, estudiosa y ejemplar. Vivía en casa del abate de Lameth, dean de la iglesia de Santo Tomás del Louvre, especie de retiro entre el monasterio y el mundo, que protegía la austeridad de las costumbres permitiendo cultivar las amistades. Las costumbres de este gran hombre tenían esa *tristeza evangélica* que, según la Bruyere, es el alma de la elocuencia cristiana. Nada de sus pensamientos se evaporaba fuera de sí. Algunos eclesiásticos de noble nacimiento, de ciencia consumada y vida irreprochable, noviciado escogido del obispado de la época, eran su mas asidua compañía. Cierta atractivo hacia la gloria y la virtud los agrupaba ya en torno del hombre prematuramente ilustre; presentaban al parecer su grandeza y se honraban con el título de discípulos suyos.

En estos discípulos no veía Bossuet mas que amigos, y eran el abate de Hoquincourt, mas tarde obispo de Verdon, el abate de Saint-Laurent, preceptor del duque de Orleans, futuro regente; este eclesiástico educaba al príncipe para la piedad antes del infame Dubois. Á quien sus vicios hicieron cardenal con irrisión de la virtud.

Racine el hijo refiere patéticamente en una de sus cartas la muerte del abate de Saint-Laurent, arrancado de los brazos de Bossuet.

Discípulos suyos eran tambien Mr. de Bedacier, obispo de Augusta, que tampoco quiso morir sino oyendo las exhortaciones de su amigo, á quien legó un priorato que gozaba en Mantes; abate Letellier, hijo del canceller de este nombre, que colmó al joven predicador de beneficios y dignidades dependientes de su obispado de Reims; el abate de Choissy, célebre en un principio por las ligerezas de juventud, escandalosas en su profesion, atraído á una vida austera y á la fe por Bossuet y dirigido por él en los estudios

históricos útiles á la Iglesia; Hardouin de Péréfixe, antiguo preceptor del rey, y ahora arzobispo de París; Fenelon, entonces discípulo y después rival, pero siempre tierno y cariñoso, y todos los amigos jóvenes de Fenelon, arrastrados por él á ese culto del corazón que había profesado á Bossuet, y por último el abate Ledieu, comensal, confidente, secretario y familiar de Bossuet durante veinte años, y que apuntaba y registraba hora por hora para la posteridad la vida y las palabras de su maestro.

Este cenáculo de virtud, de fé, filosofía, elocuencia, conversaciones y amistad común recordaba las escuelas filosóficas de Atenas, hechas solamente mas castas y santas por la austera disciplina del cristianismo que era su vínculo. Bossuet no salía de él sino para subir al púlpito ó para cultivar algunos altos favores de la corte, conveniencias de su dignidad. Desde que era obispo, predicaba pocas veces, reservando su palabra para las grandes solemnidades que immortalizaba con su voz elocuente.

## II.

Dejóse tentar de un nuevo género de elocuencia, que recordaba los panegíricos de los antiguos, esto es, las oraciones fúnebres, discursos eminentemente adaptados á su genio por sus circunstancias, cuya tribuna era un sepulcro, cuyo testamento era una vida memorable, trágica ó santa, terminada por una muerte reciente y cuyo aparato era un féretro. Aquí todo prestaba á la elocuencia del orador sagrado acentos, espectáculos, gemidos, consuelos, gritos, himnos dignos de su voz; el templo entoldado, el altar desnudo, las antorchas fúnebres, los sacerdotes vestidos de colores siniestros, el catafalco rodeado de la familia, los amigos, los hijos, los criados tristes y afligidos; las lágrimas de los parientes, el contraste de la grandeza, del poder ó de la fama del difunto, con aquel cadáver caído de repente desde las alturas de la vida á ese atahud de madera para ser un momento vano asunto de un discurso y luego para siempre presa de la tierra, abierta ya para sepultarlo; esa vicisitud cotidiana, repentina, pero siempre sorprendente, de la vida al sepulcro; esos exámenes en voz alta como en el antiguo Egipto de la memoria todavía caliente del difunto en el umbral de su sepulcro; ese presentimiento atrevido del juicio de Dios sobre el muerto, en los momentos en que ya es juzgado por el infalible juez; esa narración magestuosa ó tierna de las grandes cosas de la vida, esos acentos de historia en los anales de uno de sus actores, esas invocaciones á la Religión, único objeto aparente del discurso; esas escenas patéticas de los últimos momentos y de los recientes adioses, trazados

al rumor de los sollozos de los que sienten el vacío de aquella desaparición en sus corazones; en fin esa voz serena é inalterable del sacerdocio que domina todos estos honores, estas vanidades y estos sollozos, y que recomienda el llanto á los unos y el consuelo á los otros y á todos que se confundan ante el misterio de la voluntad de Dios y ante la soberanía de la muerte; hé aquí el espectáculo, á la vez trágico, teatral y santo, que fascinó á Bossuet y le decidió á no tomar ya pié para sus arengas sino de un sepulcro y no acercarse á su auditorio sino entre el tiempo y la eternidad.

Esta resolución probaba por sí sola su gran talento, porque el carácter á la vez literario, histórico, patético y religioso de aquellos discursos autorizaba al orador á mostrarse gran artista, sin dejar de ser un apóstol. Realizó con inimitable superioridad de palabra lo que había concebido con tanta sagacidad; vivía en un siglo en que no faltaban ciertamente las ocasiones de alabar, llorar y admirarse. El siglo estaba lleno de grandes cosas y de hombres grandes. La elocuencia de Bossuet, como una planifera antigua, los esperaba al borde del féretro.

## III.

La amistad ó el agradecimiento personales que tributaba á esas grandes memorias añadían en general una nota mas patética á sus elogios. El corazón subía á los labios y se conocía que el orador tomaba su parte en las tristezas que removía en el fondo de las demás almas.

De este modo pronunció en 1667 la oración fúnebre de Ana de Austria, madre de Luis XIV. Esta princesa, bella, sensible, política, tierna y piadosa, había sido el juguete de todas las fortunas y de todos los infortunios de las cortes. Esposa de un marido frío, extravagante y escrupuloso, que temblaba á la presencia del cardenal de Richelieu, su ministro, no había conocido del título de reina sino los celos y las servidumbres de que la rodeaba aquel ministro para precaverse contra el ascendiente de su juventud y de su hermosura. Unida demasiado pronto y madre de hijos á quienes su tierna edad alejaba del trono, la minoría de estos había sido una larga tempestad, de la que las maniobras de Mazarino habían salvado penosamente su cuna. Adicta por política y tal vez por sentimiento á este ministro tan amable como hábil, de tal modo había mezclado su fortuna á la suya, que prefirió el destierro con él al trono sin él. Las facciones y la Fronde la habían llevado del ultraje á la adoración y de la adoración á la ingratitude. Luego que el rey llegó á la mayor edad